



En la conmemoración del 75 aniversario de la muerte de Unamuno, una posible actividad es la de leer sus novelas por si hubiera algo que pueda interesar de ellas al lector de hoy. Al modo de otros grandes pensadores, Voltaire, Diderot, Santayana, Kierkegaard... parece que no es suficiente con investigaciones llenas de razonamientos alambicados y como si necesitaran estas mentes preclaras de la carne de personajes para terminar de expresarse, de corporeizar sus proyecciones.

La imagen predominante que ha quedado del escritor es la de alguien muy pagado de si mismo, con una endiablada capacidad de discutir todo con todos, incluyéndose él mismo, y a quien le dolía España. (¿Si levantara ahora la cabeza!). También fue un tipo de una honestidad incuestionable, al tanto de lo que se cocía por el mundo, mucho más de lo que era costumbre, y que se entregaba por completo en lo que hacía.

Lo primero que llama la atención en sus novelas es su ritmo ligero. Prescinde de todo lo que le parece ganga y solo sale en la página lo fundamental. Apenas hay descripciones, circunloquios, ni 'rellenos' de ningún tipo. Le interesa ir derecho a lo que quiere mostrar y obvia lo demás. Otra característica poco sospechada en alguien de apariencia tan circunspecta es el humor en al menos una parte importante de su narrativa. Un tercer elemento es la mirada a su alrededor. Unamuno retrata a la sociedad de su tiempo con la suficiente hondura para que, al modo de los clásicos, puedan interesar sus análisis hoy. Casi está uno tentado de afirmar que de toda la enorme variedad de textos que llevó a cabo, entre los más vivos están los de ficción.

Parodias y absurdo

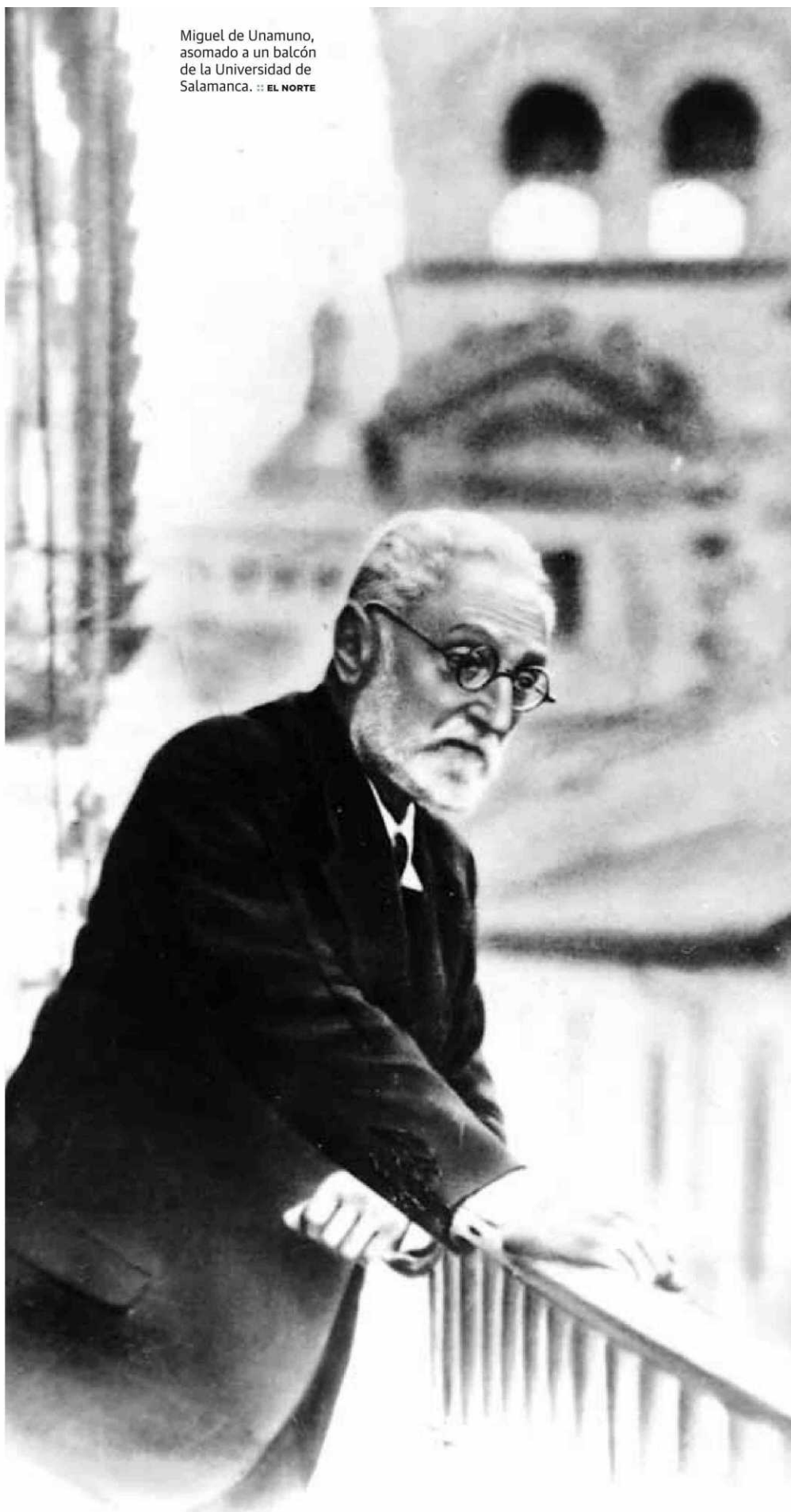
En 'Amor y pedagogía' (1902) su primera novela de verdad propia, con título de ensayo, hay un lenguaje terso, unos personajes que van de la caricatura a la farsa, terminando en tragedia, y un modo lleno de humor de entender dos de las cuestiones básicas a las que casi todos los humanos se enfrentan en sus vidas, las relaciones sentimentales y la posibilidad de enseñar (y de aprender). Una mujer pone en marcha el relato. D. Avito se decide a buscar esposa y cree estar enamorado de Leoncia hasta que

encuentra a Marina. «¿Qué cosas sabes tú, Avito Carrascal, qué cosas sabes frente a esos tersos ojazos cándidos que empiezan a decirte lo que no se sabe ni se sabrá jamás?» en realidad su mayor interés es tener un hijo a quien educar para ser un gran hombre. Las consideraciones del protagonista sobre las mujeres son de una misoginia feroz, que se compadece bastante mal con su comportamiento. Tiene a su hijo Apolodoro y puede dedicarse a su labor con dedicación plena. Su amigo, el filósofo D. Fulgencio, ¿trasunto del escritor?, le ayuda: «¿Hay acaso mayor mentira que la verdad? ¿No nos está engañando? ¿No está engañando la verdad nuestras más genuinas aspiraciones?» Apolodoro, a su debido tiempo, también se enamora, con mucha menos fortuna que su padre. Cuando, a pesar de todas sus maniobras, es rechazado por Clarita, decide quitarse la vida, no sin antes haberse asegurado la inmortalidad dejando preñada a la criada. El fracaso de la pedagogía es absoluto. Del amor nada se consigue saber.

La figura femenina está en un extraño segundo plano. De un lado, parece que pinta muy poco en un mundo regido por hombres; de otro, nada ocurre sin su concurso. Sin ellas no hay amor ni descendencia. Marina es una joven sensata que deviene madre protectora y esposa comprensiva. Clarita es consciente de su poder y prefiere a otro antes que al zangolotino del fracaso de la obra de D. Avito, el pobre Apolodoro, que, abrumado por sus limitaciones, decide acabar con todo lo que a él le concierne, sin armar demasiado jaleo. Hay algo de teatro del absurdo en el libro, mucho antes de que esa etiqueta se pusiera en marcha.

'Niebla' (1914) perfecciona el ascetismo expresivo del

Miguel de Unamuno, asomado a un balcón de la Universidad de Salamanca. :: EL NORTE



«Una característica poco sospechada en él es el humor en una parte importante de su narrativa»

«En 'Amor y pedagogía' hay un lenguaje terso, unos personajes que van de la caricatura a la farsa...»



Cabeza de novelista

Al modo de otros grandes pensadores, Unamuno parece necesitar de la carne de sus personajes para terminar de expresarse

autor y recorre caminos similares a los de su antecesor. El amor vuelve a poner en marcha la narración, pero ahora las dificultades para lograr la conquista serán mucho mayores. Augusto sale de casa, llueve, coge un paraguas y, por azar, pasa una muchacha que le agrada y decide seguirla. En ese instante se gesta un nudo que recorre toda la novela. «Y la vida es esto, la niebla. La vida es una nebulosa. Ahora surge de ella Eugenia. ¿Y quién es Eugenia? Ah, caigo en la cuenta de que hace tiempo la andaba buscando. Y mientras yo la buscaba ella me ha salido al paso». Ella, profesora de piano que detesta la música, le da largas mientras le cuenta que tiene otro pretendiente. Hay un tío anarquista, unos criados fieles y una planchadora complaciente, Rosario, que da lugar a una peculiar escena erótica. Parece que Augusto logra sus propósitos y se va a casar con Eugenia, pero ella se escapa con su novio de toda la vida una vez que su protector les ha resuelto las dificultades económicas. El pobre se ve burlado y tiene la tentación de repetir el final de Apolo-doro en 'Amor y pedagogía'. Una famosa conversación con el autor se lo impide. Unamuno prefiere matarle

por su cuenta de una enfermedad fulminante.

En 'Niebla' aparece la famosa teoría de la 'nivola' un invento de circunstancias para soslayar las supuestas estrecheces del género. También se hace explícito el autor a la manera de Pirandello en una osadía muy de época. Quizá ahora interesen más algunas reflexiones sembradas en sus páginas: «Y hay que corroer. Y hay que confundir. Confundir, sobre todo, confundirlo todo. Confundir el sueño con la vela, la ficción con la realidad, lo verdadero con lo falso, confundirlo todo en una sola niebla.»

Los héroes son rentistas sin preocupaciones económicas que viven en ciudades anónimas, de provincias. Tienen inquietudes filosóficas, sin que la religión les condicione demasiado. Aparecen como caricaturas, no muy lejanas del esperpento de Valle Inclán. Las criadas suelen ofrecer alivio a la concupiscencia de sus señores, y no les va muy mal al hacerlo. El azar de la muerte condiciona en buena medida los acontecimientos. Las novelas suelen acabar con su marca.

Mujer y final

'La tía Tula' (1921) marca diferencias notables con la na-

rativa previa. El humor ha desaparecido. La protagonista es una mujer en quien el cristianismo condiciona su vida de manera determinante. Gertrudis vive un triángulo amoroso tan apasionado como casto y carpetovetónico con su hermana y su cuñado. Su modelo es Santa Teresa, con una fuerza enorme que decide lo que han de hacer los demás mientras ella, siempre al mando, destrozó su vida y la de los que la rodean, un dechado de buenas costumbres. «Eres una santa, Gertrudis -le decía Ramiro-, pero una santa que ha hecho pecadores». Su rigidez exterior, implacable, oculta sus dudas y sus reproches hacia ella misma. A pesar de los sacrificios de todos, al final no está segura de haber obrado bien. En secreto de confesión, le declara al cura un propósito: «-Sí, reunirlos y decirles que toda mi vida ha sido una mentira, una equivocación, un fracaso...»

En 1927 aparece 'Cómo se hace una novela'. Unamuno se ha escapado de su destierro en Fuerteventura y vive en Francia, en Hendaya, a la vista de Fuenterrabía. El personaje público se ha apoderado del escritor. La dictadura de Primo de Rivera le subleva hasta un punto que su influencia se hace insopor-

table para el régimen. Jean Cassou, que publica el texto en francés antes de que salga en español, hace una semblanza del autor: «(...) hombre en lucha, en lucha consigo mismo, con su pueblo y contra su pueblo, hombre hostil, hombre de guerra civil, tribuno sin partidarios, hombre solitario, desterrado, salvaje, orador en el desierto, provocador, irreconciliable, enemigo de la nada y a quien la nada atrae y de-

vora, desgarrado entre la vida y la muerte, muerto y resucitado a la vez, invencible y siempre vencido.» El texto podría ser no más que una curiosidad si no fuera por la apertura de grietas en los cánones del género: «Y ahora pienso que la mejor manera de hacer esa novela es contar cómo hay que hacerla.» Abomina de los finales y prelude la 'obra abierta': «Y ahora, ¿para qué acabar la novela de Jugo? Esta novela y por lo demás todas las que se hacen y no que se contenta uno con contarlas, en rigor no acaban. Lo acabado, lo perfecto, es la muerte, y la vida no puede morir.»

Todavía en 1930 publica una perla, 'San Manuel Bueno, mártir', a partir de un cura que no consigue creer en lo que predica. El dilema existencial entre la desesperación verdadera y la felicidad ficticia parece resolverse a favor de la segunda.

Quizá las dudas religiosas estén un poco pasadas de moda, las cuitas sentimentales parece que tienen un interés más perdurable. La escritura tensa y eficazísima, los diálogos acerados, los puntos de vista, peculiares, hondos y razonados, el humor y lo trágico unidos, la entrega absoluta a la obra... son valores siempre a considerar.

«'La Tía Tula' marca diferencias notables con la narrativa previa. El humor ha desaparecido»

«En 1930 publica una perla, 'San Manuel Bueno, mártir', sobre un cura que no consigue creer en lo que predica»

